

Chimán

la pesca ballenera moderna en la península Ibérica

UBe

ÀLEX AGUILAR

Sumario

Agradecimientos	9
Introducción	13
Antecedentes históricos	21
La revolución tecnológica noruega	39
El nacimiento de las primeras compañías balleneras españolas (1912-1927)	49
La posguerra en el Estrecho y Portugal	81
El auge de la pesca en Galicia (1951-1978)	97
La Comisión Ballenera Internacional y el conflicto con el ecologismo (1979-1981)	125
La moratoria y el fin de la pesca ballenera en España (1982-1985)	151
Las especies explotadas	171
La pesca a bordo de los balleneros	199
Las factorías	227
Los productos de la pesca y su comercialización	307
La investigación científica	337
Arte y artesanía	359
Anexos	
Documentación	368
Créditos de las imágenes	372

Introducción



La mañana del 21 de octubre de 1985 amaneció tranquila y transparente. La superficie del mar estaba tersa y una ligera brisa del norte mantenía el cielo despejado. A las 9:40 el *IBSA TRES*, el último cazaballenero español en activo, comenzó su búsqueda.

–Tiene que ser un chimán –murmuró Miguel López, el arponero.

A su lado, en el castillo de proa, junto al cañón con el arpón cargado y el estopín listo para el disparo, el contraamaestre Varela asintió con la cabeza. Ambos escudriñaban el mar. Buscaban un pequeño indicio. Un soplo mortecino. Unas aguas blancas en el horizonte. Alguna señal que revelase la presencia de una ballena. Tarde o temprano la encontrarían y con ella completarían el cupo. Sabían que aquel momento llegaría pero, por descontado, tenía que ser un chimán. Era el término con el que los balleneros identificaban un ejemplar de gran tamaño. ¿Cómo no iba a ser un chimán si aquella iba a ser la última ballena?

Su deseo no se cumplió. A las tres de la madrugada el *IBSA TRES* entraba en la minúscula ensenada de Caneliñas, cerca del cabo Finisterre, remolcando un rorcual común de 17,70 metros de longitud, una hembra de mediano tamaño. Miguel contempló cómo se amarraba la ballena a una gran boya gris y dio orden de poner proa a La Coruña. Finalizaba la temporada. Aquella sería la última vez. Su última campaña y la última ballena que se cazaría en España.

Se cerraba así un largo recorrido que, con altos y bajos, con momentos de esplendor y de miseria, se había iniciado en la Baja Edad Media, cuando los vascos se lanzaron al mar en busca de una ballena que era distinta de la que había pescado Miguel. Ellos la llamaban sarda, más tarde otros la llamaron franca y hoy está extinta en Europa.

Entre un acontecimiento y otro habían sucedido muchas cosas. La pesca de la ballena había pasado de necesidad a negocio, de negocio a mito, nuevamente a negocio, y de ahí, de repente, sin que nadie supiera bien por qué, se había transformado casi en pecado. Los barcos partieron al desguace y las cuchillas fueron recluidas humillantemente limpias en vitrinas de museos. Por el camino, miles de hombres dejaron su hogar, se

enriquecieron o perdieron hasta el último céntimo, algunos perdieron la vida en aquel afán temerario y, mientras todo eso pasaba, las ballenas y los cachalotes menguaban hasta desaparecer en buena parte del planeta.

La pesca ballenera ha sido una de las actividades más destructivas, quizás porque siempre fue un suculento negocio. Se mantuvo vigente gracias a la incansable incorporación de tecnología, algo que no fue, sin embargo, acompañado de sensatez. Parece que la inteligencia humana sabe más de inventar artilugios que de medir las consecuencias de sus inventos. La tecnología hizo posible el exterminio y, de hecho, las mejoras no tuvieron otro efecto que el de acelerar los ciclos de aniquilación. En la Edad Media, los vascos necesitaron quinientos años para dejar fuera de combate a la balle-



En el castillete de proa del *IBSA TRES* el arponero y el contraamaestre están pendientes de que el rorcual común que están persiguiendo rompa de nuevo la superficie (a la derecha Manuel Varela García, a la izquierda Miguel López Pérez, 1985).



Un disparo certero impacta en el cuerpo de un rorcual común (Galicia, 1982).

na franca; en la Edad Moderna los holandeses precisaron trescientos para hacer lo mismo con la ballena polar; durante la Revolución Industrial los cachaloteros americanos solo precisaron doscientos para mermar el cachalote y, ya en el siglo xx, los noruegos acabaron con la ballena azul en menos de cuarenta años. En la Península Ibérica, la población de rorcual común del Estrecho de Gibraltar fue borrada del mapa en solo cinco años.

La aceleración de los ciclos se debió a la creciente letalidad de la industria. Mientras en 1837, el año de mayor producción del siglo xix, la captura anual de cachalotes no superó en todos los océanos los 6.000 ejemplares, cien años más tarde, en 1930, la captura de ballenas azules superaba los 30.000 ejemplares tan solo en la Antártida. El legado de la pesca ballenera no es una lección de lo que no hay que hacer, sino de lo que no se debe permitir que se haga.

La velocidad de los acontecimientos no debe sorprendernos. Tenemos tendencia a pensar que el ritmo de vida de nuestros abuelos era más apa-

cible y que su vida más lenta les llevaba a tomar las decisiones de un modo más pausado. Sin embargo, la historia de la pesca de la ballena en la Península Ibérica no parece indicar que esto fuera así. Se crearon sociedades que fueron traspasadas antes de llegar a operar, factorías que abrieron y cerraron sus puertas sin que sus competidores pudieran siquiera parpadear, y se adquirieron barcos cuyo destino cambió antes de que finalizaran el trayecto a la península. Tan solo entre 1921 y 1925 se fundaron y liquidaron cinco empresas cuyas enormes inversiones nunca tuvieron tiempo de ser rentabilizadas. Todos miraban por el negocio, era cierto, pero se tendían zancadillas con una *joie de vivre* tal, que parecía que el afán por competir dominaba a la sensatez inversora.

Aquella turbulencia la agitó un puñado de enérgicos noruegos que entraban y salían del teatro de operaciones intercambiándose papeles como si se hallaran en un vodevil. Søren L. Christensen apareció en escena en 1914, cuando comandó el buque factoría *Polynesia* en aguas de la entonces isla española de Fernando Poo; reapareció en Portugal entre 1924 y 1927 como armador del *A/S Congo* y patrón de la Sociedade Portuguesa de Pesca de Cetáceos Lda., construyendo la factoría de Tróia y, mientras, los astilleros de su familia, los Framnæs Mekaniske Værksted, construían cazaballeneros para las empresas que competían con las que él mismo dirigía en la península, como el *Almirante Goñi* (Compañía Ballenera Española) o el *Marqués del Rif* (Industrial Marítima). Finn Bugge era miembro del Consejo de Administración de la Compañía Ballenera Española, la empresa que regentaba la planta de Getares, pero no tuvo reparos en implicarse paralelamente en la Sociedad Hispano-Africana de Crédito y Fomento, la compañía que solicitó, y obtuvo, una concesión para operar con un buque factoría en la



El *Condessa Moral de Calatrava* con una ballena recién capturada (ca. 1924).

misma localidad, lo que de haber sucedido hubiera dañado severamente la rentabilidad de la planta de Getares. Pero los empresarios extranjeros que durante más tiempo ejercieron su influencia en aguas ibéricas fueron los hermanos Lorentz y Svend Foyn Bruun. Ellos fueron, junto a su mano derecha, Carl Herlofson, los motores de la Compañía Ballenera Española, que en los años veinte construyó las pioneras factorías de Getares y Caneliñas. Más tarde, Svend Foyn comerció con las empresas nacionales y les suministró de contrabando equipos que las obtusas leyes nacionales impedían importar.

En los años siguientes a la guerra civil española, la pesca ballenera tuvo un ritmo más pausado, acorde con la parálisis industrial que caracterizó aquel período. Aun así, la sequía de ideas no impidió que en el sur de Portugal, los territorios españoles de Marruecos, Andalucía y Galicia un puñado de decididos industriales probara de nuevo suerte con la pesca ballenera. Al hacerlo recuperaron, si no la excitación inversora, pues España estaba descapitalizada, sí el natural entusiasmo por tender trampas y zancadillas.

En el sur, la pugna de las compañías por sobrevivir adquirió tintes de tragicomedia. Desde el primer momento se supo que las ballenas eran allí insuficientes por culpa de los excesos de los años veinte, pero aun así



las distintas empresas levantaron factorías, importaron barcos e hicieron onerosas inversiones para acabar en todos los casos hundidas en el pozo. ¿Qué les hizo llegar tan lejos? ¿Cómo no vieron en los sucesivos fracasos de unos y otros que el negocio no era viable?

En Galicia las cosas fueron distintas. Dos empresas, una con el centro de gravedad en La Coruña y la otra en Vigo, se hicieron en pocos años con el monopolio ballenero de la península. Ambas negociaron con las desfallecidas factorías del sur para aprovechar su experiencia y obtuvieron de éstas trabajadores, equipos y clientes. Al principio compitieron entre ellas y se pusieron palos en las ruedas, pero, con el paso de los años, se deslizaron suavemente hacia la colaboración y acabaron fusionadas en una única compañía. Fue una buena decisión, pues en realidad no había negocio para todos. A diferencia del Golfo de Cádiz, en Galicia la abundancia de cetáceos era suficiente como para que su pesca mereciera la pena, pero las capturas nunca llegaron a alcanzar siquiera la mitad de lo que habían sido en los años veinte. Y eso que los buques balleneros modernos tenían mayor alcance y sofisticación técnica. Todo acabó en 1985 cuando, después de unos años de inflamadas turbulencias, protestas ecologistas y algunos actos de terrorismo, entró en vigor el cese mundial en la caza de ballenas decretado por la Comisión Ballenera Internacional.

Durante ocho años, desde 1978 hasta 1985, trabajé como biólogo en las factorías balleneras de Galicia. No estaba empleado por la Industria Ballenera Española (IBSA), la compañía ballenera que entonces operaba allí, sino por la Universidad de Barcelona, donde realizaba mi tesis doctoral. Sin embargo, a pesar de no ser parte de IBSA, mi trabajo me dio acceso a los archivos de esta compañía y, sobre todo, me llevó a trabajar codo con codo con su personal. Conviví en los barcos con arponeros y marineros, habité largos períodos de tiempo en Caneliñas, la más grande de las factorías, y viajé y discutí con entusiasmo con los directivos de la empresa. Mi trabajo lo dirigía un confundido Ministerio de Agricultura y Pesca español y una algo menos confundida, aunque siempre contradictoria, Comisión Ballenera Internacional. Mi misión era proveer de información, y supongo que de algo de sensatez, a la entonces desorientada y desconcertante política pesquera nacional. El resultado fue ambivalente. Aprendí mucho, produje muchos datos e informes, me lo pasé enormemente bien, pero nunca supe cómo había que gestionar todo aquello.

Entré en este período siendo casi un niño; salí casado, con canas y una hija de cuatro años. Con el paso de los años publiqué sesudos estudios sobre la pesca ballenera, a los que en años recientes se han sumado algu-

nos más que han sido escritos por otros autores. El presente libro corrige y amplía la información contenida en estas publicaciones y, a diferencia de ellas, que fueron redactadas para disfrute de la academia, aspira a ser inteligible para el lector no especializado. He combinado esta información con recuerdos personales, las abundantes notas que a lo largo de los años fui tomando de mis conversaciones con directivos, arponeros y jornaleros de IBSA, y con datos directamente extraídos de los archivos de esta empresa y de los de Lorentz Bruun y Carl Herlofson, a los que he tenido acceso gracias a afortunados golpes de azar. La heterogeneidad y heterodoxia de las fuentes empleadas me han llevado a evitar el usual recurso a la citación bibliográfica pues, además de convertir la lectura en farragosa y antipática, en muchos casos simplemente hubiera resultado imposible. El lector que quiera profundizar puede satisfacer su voracidad de detalle en el capítulo de “Documentación”.

El presente libro no es un tratado académico, ni tampoco un registro de hechos y datos, ni siquiera un libro de divulgación histórica. Pero, al mismo tiempo, es todo eso y quizás algo más. Mi intención ha sido únicamente contar cómo una industria nació y murió sin llegar nunca a estar muy viva –o como mínimo sin lograr una vida plena durante mucho rato– y por qué las cosas sucedieron de aquel modo tan extraño.

La huella que ha dejado esta industria ha sido contradictoria, en unos casos de destrucción, en otros de laboriosidad y de trabajo bien hecho. En poco más de seis décadas, en la Península Ibérica se sacrificaron más de 21.000 ballenas y cachalotes, lo que dejó tras de sí unas aguas vacías, algún empresario con los bolsillos llenos, muchos otros arruinados y unos cientos de jornaleros que simplemente se ganaron el salario. Y, sobre todo, se legó para la historia de la explotación de nuestros mares uno de sus episodios más frenéticos, complejos y contradictorios.